



BIBLIOTECA  
INFANTIL SEVILLANA

EL SUEÑO  
DE CARLOS

ANT-XIX-1841/6 --

43 701

1  
p



608  
/ 8

EL  
SUEÑO DE CARLOS

EL SUEÑO DE CARLOS



16 cm.

BIBLIOTECA INFANTIL SEVILLANA



# EL SUEÑO DE CARLOS



Cuento para Niños

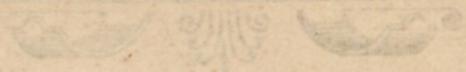
(CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA)



SEVILLA

Tipografía de *La Industria*, Serpes, 19

1896



EL

SUEÑO DE CARLOS

---

Es propiedad de D. Rafael  
Zambrano, autor y editor de  
la BIBLIOTECA.

Queda hecho el depósito que  
marca la Ley.

---



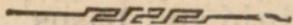
1830

Tipografía de la imprenta de San José, 13

1830



## EL SUEÑO DE CARLOS



**E**L niño Carlos, pidiendo limosna de plaza en plaza, de calle en calle, había llegado á las afueras de la población: nadie le socorría.—«¿Para qué quieres dinero, para gastarlo en golosinas?»—le decían casi todos, y el pobre muchacho, cansado de tanto pedir y solicitar en balde, se decidió á implorar de los del campo la caridad que en el pueblo no encontraba.

Púsose en camino. Ya empezaba á declinar el día, y sin embargo, no detuvo su marcha, antes bien, la aceleró para llegar cuanto antes á algún cortijo donde pudieran socorrerle y albergarle por aquella noche. Cerca de una legua llevaba recorrida: el cansancio y el hambre empezaban á rendirlo: por fortuna el resplandor de una gran luz que se divisaba á lo lejos, alentó sus esperanzas, y hacia ella dirigió sus pasos. Dicha luz era producida por un montón de leña que ardía delante de una casita situada á la derecha del camino, en una pequeña loma que formaba el terreno. Recogiendo las brasas de la hoguera y echándolas en un barreño de arcilla vidriada, hallábase una vieja pobrememente vestida. El color de su cara, de un moreno muy subido, su rostro enjuto y rugoso, la nariz extremadamente larga y las demás facciones muy pronunciadas, daban á aquella mujer un aspecto terrorífico.

Carlos se puso al habla con ella y la dijo:



¿Quereis concederme asilo por esta noche? Tova

—¿Queréis concederme asilo por esta noche? ¿y si teneis sobrante algún pedazo de pan, podreis dármelo?

—Sigue adelante, niño; tu no sabes lo que pretendes, ¿tu sabes quien vive aquí? huye precipitadamente, que peligra tu vida: huye antes de que se entere el ama.

—¿Y qué me va á hacer vuestra ama, á quien no he visto nunca, que no me conoce y á la que no he causado mal alguno?

—Ningún mal le has hecho; pero ella puede hacerte mucho si te ve. Con seguridad te admitirá en su casa, con el mayor cariño, en la apariencia, y después ten por seguro que correrás la misma suerte que algunos otros niños de tu edad.

—¿Los mata quizá?

—No vas desacertado: algunos muchachos se dejan seducir por los alhagos y dádivas de los sirvientes que ella tiene á sus órdenes: los traen aquí, y yo no los vuelvo á ver más; no se donde los oculta.

—¿Pero, qué hace con ellos?—preguntó Carlos lleno de un miedo y terror cerval y casi llorando.

—Lo ignoro en absoluto: en el tiempo que llevo á su servicio han llegado unos cuantos niños: si después se los han devuelto á sus padres, porque éstos hayan dado mucho dinero, yo no los he visto salir.

—¿Y usted por qué no da parte á la justicia de esa infame mujer?

—Porque al descubrirla, descubro y condeno á muerte á mi hijo, que es su cómplice.

En esto se oyó una voz cascada y despacible que decía:

—Pero, mujer, ¿qué estás haciendo que no entras?

Era la de la vieja dueña de la casa que, extrañando la tardanza de la criada, se había asomado á la puerta para avisarla.

El niño quiso huír, pero sus piernas, agitadas de un temblor convulsivo, no le permitían dar un paso.

—¡Hola! ¿con que estás acompañada de ese pequeño? ¿por qué no le has hecho entrar cuanto antes? ¿no consideras que el relente de la noche puede hacerle daño? Entra, hijo mío, y cenarás conmigo.

—No tengo ganas, señora: gracias le doy: pero me marcho, no puedo detenerme, tengo que ir al cortijo inmediato, donde me esperan.

—Entra, y descansa siquiera un momento.

El mucho cariño con que le trataba la dueña de la casa, disipó por un instante el terror que le habían producido las noticias de la criada, y aun llegó á sospechar si tendrían por objeto amedrentarlo para que huyese y no volviese más por aquellos sitios á importunarla.

No vaciló el niño en aceptar los ofrecimientos que se le hacían.

La vieja le hizo servir una cena apetitosa



Y descenderse por el balcón....

y abundante y le dió á beber cuanto quiso, rico y exquisito vino. Carlos, que no había disfrutado en su vida de tan succulentos y excelentes manjares, y que se hallaba alhagado por aquélla mujer con la misma solitud y esmero que lo pudiera hacer su propia madre; Carlos, muy niño aun para comprender que bajo la máscara del fingimiento y la hipocresía, pueden ocultarse la maldad y la perfidia, llegó á olvidar cuanto le habían referido y aun aceptó la oferta de pasar allí la noche.

—Ea, á dormir, hijo mío, que ya es tarde,—le dijo la vieja.

Carlos se dirigió al aposento que le destinaban. Echó el cerrojo y la llave á la puerta de la sala, y dándole un soplo á la luz, procuró buscar en el sueño el descanso de las fatigas del día, mas no pudo conseguirlo. El recuerdo de la conversación habida á la puerta de la casa comenzaba á llenarle de inquietudes, recelos y temores, desvelándole

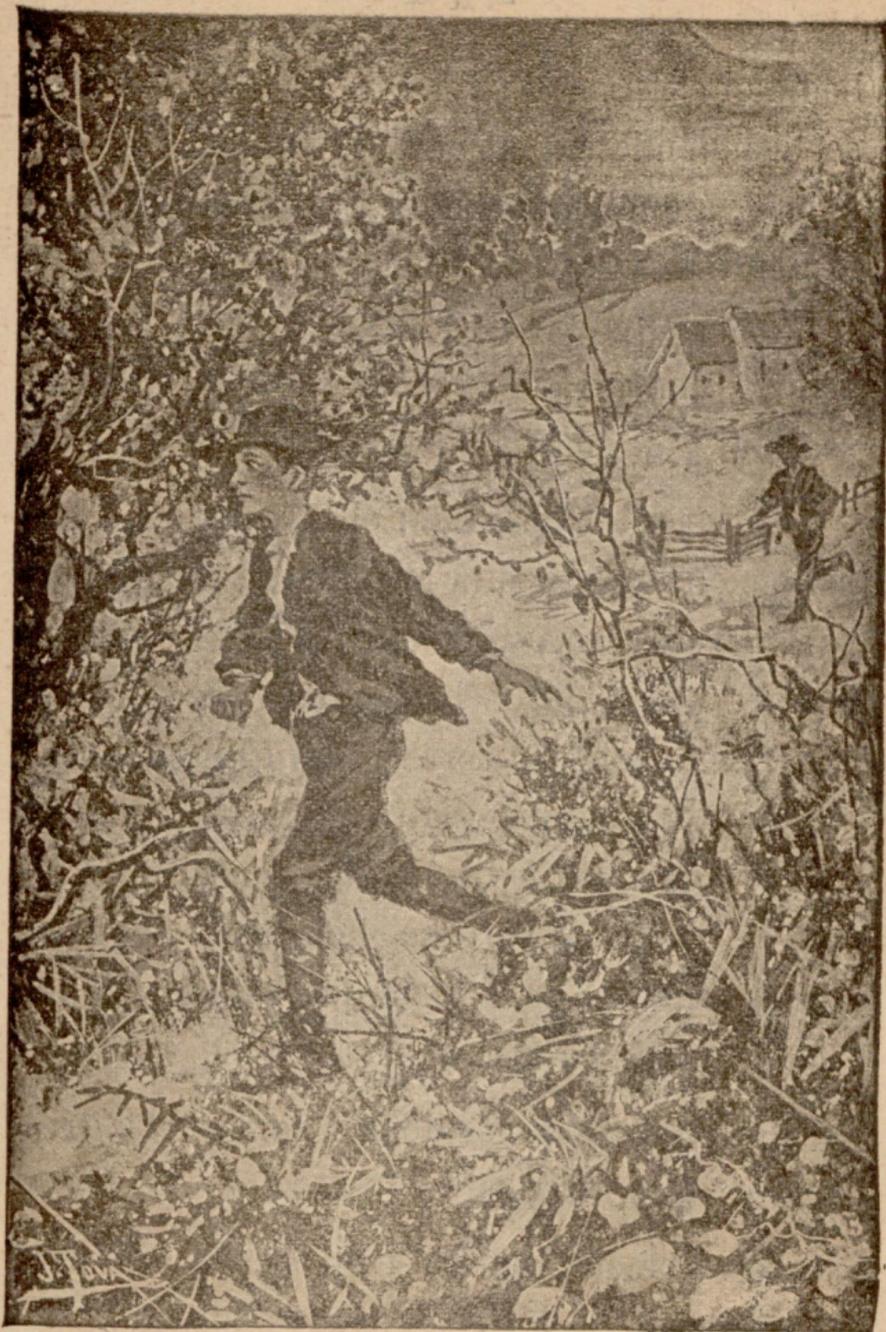
hasta el extremo de verse obligado á vestirse, decidiéndose á aguardar, sentado en el balcón, á que amaneciese. Entonces oyó claramente la voz de la vieja que decía:

—Ya sabes lo que tienes que hacer, lo de siempre: entras en el cuarto por la puerta secreta, y después á encerrarlo en la cueva.

Carlos estaba perdido; el instinto de conservación le sugirió la idea de desgarrar las sábanas en varias tiras, unirlas y descolgarse por el balcón. Así lo hizo, y una vez en tierra firme, echó á correr vertiginosamente por aquellos campos, saltando gavias, vallados y toda clase de obstáculos con una facilidad prodigiosa; pero un hombre le seguía: era el cómplice de la vieja que, sabedor de la fuga, marchaba tras él.

—No te escaparás de mis garras—le gritaba—yo te alcanzaré.

Y en efecto, llegó á cogerlo, le asió por el cuello...



Pero un hombre le seguía....

— ¡Madre, madre mía!... — dijo entonces Carlos con la mayor angustia y con voz debil.

— ¿Qué quieres, Carlos? ¿qué quieres, hijo mío? Despierta, ¿tienes alguna pesadilla?

Carlos abrió los ojos: se hallaba en su casa, y junto á su cabecera y colmándole de caricias y besos, estaba su querida madre.

. . . . .  
. . . . .

Lo que os he referido, lectores míos, es el sueño que tuvo Carlos, otro niño como vosotros. No lo olvideis nunca, tenedlo muy presente, porque el sendero de la vida, que empezais á cruzar, está lleno de dificultades, de asechanzas y peligros, originados por los vicios que os asedian desde la cuna y os persiguen hasta la muerte. Es preciso luchar y vencerlos con la poderosa egida de la virtud, es necesario que os sepais defender de quienes, ya codiciosos del bien de vuestros padres, ya por instintos propios] de animales,

os escogen como víctimas de sus egoistas y criminales proyectos. Así, pues, no os alejéis de aquellos lugares donde residen vuestras familias, no os fieis de quienes con alhagos, regalos y caricias pretendan apartaros del buen camino, para causar vuestro mal y ocasionar el llanto de los que os dieron el ser.



